

RECUERDOS DE ANTAÑO



CUANDO el que esto escribe vino al mundo, descollaban los guixolenses por su amor al proscenio, de suerte que de las compañías o cuerpos de aficionados de esta localidad habrían podido salir algunos actores geniales.

Pero la penuria de medios de lucimiento y de bienes de fortuna, o, las más de las veces, la resistencia tenaz de los familiares, torcieron aquella inclinación, entibiándose así las ilusiones que bullían en el cráneo de una pléyade de legítimas esperanzas del arte escénico.

Allá por la década que va del 1895 al 1905, esto es, mucho antes de que el cinematógrafo se adueñara de nuestras salas de espectáculos en las que prevalecían las representaciones teatrales, rivalizaron en el arte de Talía varias agrupaciones cuyos componentes, cegados por la afición, solían pasar noches enteras estudiando su papel.

Por lo general los grupos de aficionados de aquella época, y en particular los de esta población, no se andaban por las ramas, sino que, como luego se verá, con ánimo irreflexivo, por no decir temerario, echaban mano de lo más difícil, ladoándose también con el espeluznante melodrama en aquel entonces en boga, con lo que más de una vez el fervor del público, siempre predispuesto al aplauso, traducíase en iracundia y, tomando cartas

en el asunto, insultaba al *traidor* o intervenía en ayuda del inocente, del desheredado o de la mujer desgraciada que defendía su honra, circunstancia ésta harto peligrosa habida cuenta de que en aquellos tiempos prevalecía aun la antigua costumbre de actuar con preferencia en el primer término del proscenio, a poca distancia de la concha del apuntador, cara al público y sin volverle nunca la espalda, ya que esto era considerado como una falta de educación. El *Teatro Goula* fué, puede decirse, la cuna de los cuadros de aficionados, cuyo apogeo inicióse en la época a que me refiero. Su cartel alternó claro está, con el de los cómicos de profesión.

Mi objeto no es otro que volver la vista al pasado. Admitalo, pues, el lector usando conmigo de su acostumbrada benignidad, pues que al hablarle del teatro de antaño me limito al intento de recordar tiempos y costumbres.

Merecen especial mención, entre los que hace cincuenta y tantos años rendían culto al arte escénico distinguiéndose notablemente, los conjuntos "*Valero*", "*Romea*", el de la sociedad recreativa "*La Constancia*" y la "*Agrupación Dramática*". Dedicóse la primera con preferencia a aquel teatro folletinesco, propenso al latiguillo, lleno de situaciones que promovían el aplauso y hasta la admiración de la multitud de aquellos días. No es mi propósito mentar aquí la colección de obras intrincadas, horripilantes a veces, que daban pábulo al escándalo. El grito

de *mateu-lo!* y otros excesos obligaron en más de una ocasión a los actores a solicitar desde el proscenio al *respetable* un poco más de cordura. Pero una buena parte del *respetable* gustaba de los platos fuertes.

La primitiva agrupación "*Romea*" mostróse más precavida y contraria a aquellas expansiones, representando con marcada asiduidad las obras de Federico Soler (que hizo popular su seudónimo de *Serví Pitaria*) y las de Ignacio Iglesias. En 19 de abril de 1902 consiguió esta misma agrupación, a teatro lleno, un resonante éxito con la representación del célebre drama "*Don Joan de Serrallonga*".

Las huestes de "*La Constancia*" sobresalieron a su vez al interpolar en su repertorio, bajo la dirección del maestro Codina, fundador del "*Orfeón Gessoria*", algunas piezas del género lírico. Citaré entre éstas la obra "*Château Margaux*" que representó varias veces con éxito resonante. Este cuadro escénico, rompiendo antiguos moldes, dió a conocer "*La Resclosa*" de nueva escuela, superándose en cuanto a lo que podía esperarse de un cuadro de aficionados.

En febrero de 1904 constituyóse la ya citada "*Agrupación Dramática*", con la obra "*La Dolores*", reputada como una de las mejores en su género y a la que debió su celebridad el autor dramático José Feliu y Codina. Presentáronse estos actores animados de los mejores propósitos, dispuestos a no dejarse arrastrar

por las exigencias de una clase de público ajeno a toda manifestación artística, ya fuese por ignorancia ya por tener estragado el gusto estético... (así lo dice una crónica de la época).

Aquellos aficionados, a pesar de sus errores que procuraron corregir, llenaron de un modo brillante un largo período. Su afecto por nuestra escena, tan profundamente arraigado, se hace digno del mayor encomio. Justo es que los recordemos. Merecieron grandes plácemes los actores: Balaguer, Batet, Brusi, Cadillach, Comadira, Carles, Cofán, Coll, Deulofeu, Domingo, Escuder, Masferrer, Pladevall, Pou, Puig, Novi, Rabionet, Ros, Rigau, Sanjaume, Tafall y Vicens, entre otros.

Téngase en cuenta que la resistencia del elemento femenino, de las delicadas mujeres de aquel entonces, obligaba a nuestros actores a recurrir a la colaboración de las profesionales, de las damas dedicadas al *bolo*, mediocres por lo regular y que, salvando raras excepciones, solían ensayar de mala gana...

¿Quién había de decirles a aquellos beneméritos actores que andando el tiempo habían de cambiar tanto las cosas?

La *Agrupación Romea* en su segunda época cobró nuevos alientos y procedimientos nuevos. Digno es de admiración este cuadro perfecto cuyos actores y actrices guixolenses, enfrentándose con la evolución y las exigencias de la ley del progreso, laboran por nuestro Teatro y lo defienden con bravura.

J. SOLER CAZEAUX

Se ha inventado algunos sistemas para que el teatro se vacíe rápidamente en caso de incendio; ninguno para que el teatro se llene rápidamente unos minutos antes de comenzar la función. — N. CLARASÓ.

Algunas comedias nos ayudan a practicar las tres virtudes: fe, esperanza y caridad. La fe en el primer acto; la esperanza en el segundo; y la caridad en el tercero. — N. CLARASÓ.